

UNA OBRA DE MARIANO BENLLIURE EN ONTINYENT: EL CRISTO YACENTE DE LA ARCHICOFRADIA DEL SANTO ENTIERRO

Violeta Montoliu Soler

Catedrático de H.^a del Arte. E.T.S. Arquitectura. Universidad Politécnica de Valencia

Ontinyent cuenta, entre sus numerosas joyas artísticas, con una de excepcional interés tanto por su valor artístico como por su relación con la sociedad ontinyentina. Se trata del Cristo Yacente de la Archicofradía del Santo Entierro, que tiene su capilla en la Iglesia de Santa María, junto al altar mayor.

Esta imagen llegó a Ontinyent a principios de marzo de 1943 después de un año de gestiones por parte de la Agrupación Local de Fabricantes de la Industria Textil, quien la encargó al escultor valenciano Mariano Benlliure Gil, a través de una carta fechada en agosto de 1942: ...«Muy señor nuestro: Deseosa ésta Agrupación de colaborar en la reconstrucción de los templos de ésta ciudad de Onteniente, se ha ofrecido a costear la construcción del Paso procesional de «El Santo Entierro». A tal objeto y queriendo que sea una verdadera obra de Arte, digna de nuestra ciudad, rogamos se sirva facilitarnos presupuesto para el Cristo Yacente del mencionado Paso. Aprovecho gustoso la ocasión para ofrecerme como su atento y

seguro servidor. Por la Agrupación, el Secretario, Vicente Calvo»... (1)

Mariano Benlliure tenía entonces 85 años y aún trabajaba con toda lucidez, recibiendo y realizando numerosos encargos.



Mariano Benlliure a los 78 años de edad.

El apellido Benlliure es familiar para los valencianos porque fue, junto con el de Sorolla, uno de los más famosos en el mundo durante los años 1890 a 1920, y en España, hasta la muerte de Mariano, ocurrida el 8 de septiembre de 1947. Pocas veces hemos podido sentir-

nos tan orgullosos en el terreno de las Artes como cuando vivieron y trabajaron Sorolla y los Benlliure. Estos últimos fueron toda una familia de artistas pintores afamados: Blas, Juan Antonio y José, pero Mariano, el más pequeño, hombre de carácter sociable y triunfador, alcanzó en la Escultura el mayor éxito y renombre, siendo así el «Benlliure» por excelencia, el que todos conocemos.

Cuarto hijo de un modesto matrimonio, nació en la calle Alta, en el corazón del barrio obrero del Carmen, en Valencia, y allí pasó una infancia con estrecheces pero digna y alegre iniciándose en el Arte a través de la afición y el trabajo de su padre, Juan Antonio Benlliure Tomás, pintor de murales y profesor de dibujo particular cuando las circunstancias así lo exigían. Mariano fue mudo hasta los seis años y apenas si fue al colegio, pero desde siempre visitaba con sus hermanos, los domingos, las salas de Pintura del entonces Museo de la Academia de Bellas Artes de San Carlos (que estaba situado en el convento del Carmen), y pintaba

constantemente en papeles o mo-
jando un pincelito con agua y ga-
rabateando sobre las rojizas
baldosas del piso de su humilde vi-
vienda (2). Pero lo que más prefe-
ría era modelar en barro o cera de
modo excepcional, toda clase de fi-
gurillas humanas o de animales, tal
vez como vehículo de una expresi-
vidad que no necesitaba de las pa-
labras. La afición compartida en el
ambiente familiar por el Dibujo y
la suya propia por el modelado, le
llevaron a convertirse en un artista
autodidacta, plasmando en cera,
barro o madera cuanto veía a su al-
rededor.

Fue entonces (apenas tenía seis
años) cuando modeló un grupo en
barro que luego tituló: «Frascuero
entrando a matar» y el primero de
una serie de temas taurinos que cul-
tivó durante toda su vida como «di-
vertimento». Permaneció algunos
años en Valencia aprendiendo en el
taller del escultor Girabert y ganán-
dose algún dinero o golosinas, ha-
ciendo dibujos para orlas escolares
o figurillas de santos para las mon-
jas, primero de la Beneficencia y
después de las Escuelas Pías (éste
último, centro gratuito que compa-
rtió con el que más tarde fue
Cardenal Benlloch). En 1871 va
con su familia a Madrid donde sus
hermanos intentaban abrirse paso
como pintores y pulula por los ta-
lleres de marmolistas, tallistas y
cinceladores, siempre con la obses-
ión de aprender nuevas técnicas y
practicar con toda clase de mate-
riales.

En 1879 va a Roma donde su
hermano José comenzaba a labrar-
se cierto porvenir en la pintura y se
dedicó a trabajar como pintor y es-
cultor indistintamente, pero sobre
todo estudiando atentamente a los
grandes maestros del Renacimien-
to italiano, tanto es así que se ad-
vierte en su estilo propio, la
admiración que sentía por Benve-
nutto Cellini (artista del siglo XVI).
Estando en Roma, envía a Madrid
para participar en la Exposición
Nacional de 1884 su primera obra
de envergadura, obra decisiva pa-
ra su profesionalidad pues, aunque
ganó la segunda medalla, alcanzó
tal éxito de crítica y público que le
convirtió en la figura más cotizada
entre la sociedad madrileña. Esta

escultura se titulaba «Accidenti» o
también «El Monaguillo» porque
capta el momento en que un peque-
ño monaguillo se quema los dedos
al coger un incensario (Figura 2).



«Accidenti» o «El Monaguillo».

En unos momentos en que la Es-
cultura estaba dominada por unas
normas academicistas que impon-
ían un Clasicismo frío y ya en de-
cadencia, una obra tremendamente
realista como ésta, sacada de un
instante de la vida cotidiana popu-
lar, venía a ser como un viento re-
novador, una vanguardia siempre
necesaria en el proceso artístico y
además muy similar a la que esta-
ba proponiendo la Pintura con el
Impresionismo. Por ésto Sorolla y
Benlliure son una pareja insepara-
ble en esa renovación que concluía
la etapa del Clasicismo para inau-
gurar el Realismo y con él la época
de las experiencias que conducirán
al Arte Vanguardista.

Entre 1884 y 1892 transcurre el
período más feliz y productivo de
Mariano: viaja por toda Europa vi-
sitando los Museos y monumentos
de todos los tiempos, vive en Ro-
ma mediante una beca en la Aca-
demia de España en Roma llevando
una gran actividad de trabajo juve-
nil y bohemio en unión de otros
pintores españoles, mientras alter-
na con numerosos viajes a Madrid
donde frecuenta los salones y ter-
tulias de la alta sociedad; una so-
ciedad que le admira tanto que
hasta favorece su matrimonio con
Leopoldina Tuero O'Donell, hija
de un afamado marino y sobrina
de entonces Ministro de Estado.

En 1900 logra un triunfo reso-
nante al obtener la Medalla de Ho-
nor en la Exposición Universal de
París con el busto del científico
francés Henry Lacaze-Dhutiers, a

la vez que Sorolla alcanza también
la Medalla de Honor en Pintura.
Como desgraciadamente hemos
podido comprobar repetidas veces,
en España necesitamos del recono-
cimiento del extranjero para «des-
cubrir» a nuestros propios valores
así que, tras éstos galardones en
París, el recibimiento fue clamoro-
so en Madrid pero triunfal en Va-
lencia, donde, con ocasión de la
Feria de Julio, ambos artistas fue-
ron nombrados hijos predilectos de
la ciudad, siendo objeto de un emo-
cionado homenaje popular. A par-
tir de entonces, el éxito de Mariano
Benlliure fue imparable y meteóri-
co, sólo se vió empañado por la se-
paración del matrimonio y los dos
hijos habidos en él, cuyo vacío sen-
timental fue ocupado por una de-
dicación absoluta a la Escultura.

Ya desde aquí hasta su muerte
fue «el artista» por excelencia del
«todo» Madrid. Afincado definiti-
vamente en su casa-estudio de la ca-
lle de Abascal, en Madrid, por su
carácter abierto, franco, generoso
y jovial, atraía a políticos, músicos,
cantantes, poetas y artistas que
compartían con él la moda moder-
nista de la época y el eterno espíri-
tu romántico que siempre arde en
el corazón del artista. Todos los
acontecimientos importantes, los
personajes del momento o las con-
memoraciones quedaban plasma-
das en mármol o bronce por sus
manos en un ritmo de trabajo in-
fatigable que soportaba gracias a su
amor al trabajo y a sus visitas fre-
cuentes a Valencia, su «vollguda te-
rreta» según repite numerosas veces
familiarmente en donde parecía re-
cargar sus fuerzas para seguir vi-
viendo. Su obra, tan numerosa que
no podemos reseñar aquí, está di-
seminada por plazas y jardines de
España e Hispanoamérica, por to-
dos los museos de Europa y
EE.UU., en mansiones señoriales y
edificios públicos, cementerios e
iglesias. De entre los más cercanos
a nosotros destaquemos el monu-
mento a Emilio Castelar en Madrid
o al Marqués de Campo en Valen-
cia (en la Gran Vía del Marqués del
Turia), el mausoleo de Joselito, en
el cementerio de Sevilla o el del te-
nor Gayarre, en el Roncal (Navarra),
también bustos de famosos
personajes como Alfonso XIII y
Victoria Eugenia, y sobre todo pe-

queñas figuras de «bailaoras», «bandoleros», «toreros», niños juguetones y especialmente toros de lidia.

Digo especialmente porque tal vez ésta faceta de su obra, tan popular y tan castiza entonces, le haya hecho conocer más como escultor animalista que como escultor de más amplio repertorio. Los toros fueron para él motivo para tratar el movimiento y el volumen, la fuerza y el vigor, la fiesta y la muerte inexplicablemente unidos, pero sólo configura una sección de su capacidad creativa. La gran cantidad de obras que realizó durante su vida le otorgan el calificativo de autor «fácil» por la rapidez con que modelaba el barro, y la gran variedad de éstas nos permiten llamarle «polifacético», pero sabemos que para Mariano Benlliure, su mejor calificativo era el de «trabajador», humildemente se autodenominaba artesano y se sentía orgulloso por ejercer el mismo oficio que Cristo: ...«Mi autorretrato se define así: un trabajador... un carpintero, como Jesucristo»... (3)

Su vocación fue de orfebre y desde el punto de vista escultórico siempre logró sus mejores resultados como modelador, comenzando en arcilla y trasladando luego el modelo a yeso o bronce. La fina sensibilidad de que estaba dotado para tratar todas las materias le permitía manipular la tosquedad detallista de los bronceos sin realizar socavados muy profundos y prestaba una gran atención a las calidades delicadas, traslúcidas y sensuales del mármol y la cerámica a la que trataba con líneas ondulantes de tacto suave.

Tras la guerra civil española y durante las dos primeras décadas, la demanda de obras artísticas procedía de la Iglesia y Mariano Benlliure, siempre al hilo de las modas concibió una estética de imágenes que podemos apreciar concretamente en nuestro Cristo Yacente: es un hombre de robusta compleción pero no de extrema delgadez y en su cuerpo destacan, aparte del rostro, los pies, de dedos fuertes y anchos, propios de un hombre que suele andar descalzo o con sandalias, y las manos, bastas y grandes, de carpintero, desgarradas por el

peso en la cruz. La cabeza, desmeñada, presenta un cabello lacio y humedecido por el sudor, ladeada hacia la izquierda, con la frente reteniendo la frialdad de la muerte y los ojos entreabiertos, mientras el rictus se acentúa en los labios amaratados.

El conjunto de la escultura destaca por su sencillez compositiva, pues la figura yace sobre un sudario de pliegues suaves, manteniendo una actitud de reposo sin estridencias, sólo la corona de espinas rota junto a la cabeza y los clavos en el ángulo inferior, nos hacen recordar que aquel hombre es Cristo después de su muerte en la cruz. (Figura 3).



Cristo yacente de Ontinyent.

Se ha hablado que Mariano Benlliure es un escultor realista y aquí tenemos una ocasión para matizar ésta afirmación, comparando la figura del Cristo de Ontinyent con otra también de Cristo yacente obra del escultor castellano Gregorio Fernández, una de las figuras más representativas de la imaginaria barroca española del siglo XVII (Figura 4). En aquella época, en la que el sentimiento religioso del pueblo era tan acendrado que soportaba estoicamente las circunstancias históricas más tristes que hemos atravesado, el Arte reflejaba con toda exactitud la ansiedad del pueblo por acercarse a la divinidad,



Cristo yacente de Gregorio Fernández, siglo XVII.

por ello las imágenes de los seres divinos se representaban lo más humanamente posible destacando el sufrimiento, el dolor o el éxtasis

con un verismo casi teatral. El Cristo de G. Fernández deja ver las llagas, las gotas de sangre y las huellas de un martirio que sobrecoge. El espectador sufre los escalofríos de la truculencia antes que la sensación de misericordia, de culpabilidad o de redención. El artista pretendía, y lo consiguió perfectamente, exhortar al llanto y al estremecimiento queriendo demostrar que todos podemos padecer como Cristo, puesto que El era un hombre como nosotros. De éste modo se justifica la floración de santos en este siglo y la pintura de Zurbarán o Murillo, en donde lo divino y lo popular se funden tan estrechamente que se confunden. No es ésta la interpretación que Mariano Benlliure hace del Cristo de Ontinyent. Ante esta figura se percibe el silencio que rodea a un sepelio, la naturalidad está tamizada por la actitud distante del cuerpo pero sobre todo, por la ausencia de truculencia y dramatismo. (Figura 5).



Fragmento del Cristo yacente de Ontinyent.

El 2 de marzo de 1943 la figura ya estaba acabada y lista para enviar a Ontinyent desde Madrid donde fue tallada. A petición de la Junta Directiva de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, la obra se expuso en sus salones durante ocho días. A su inauguración asistieron el Alcalde de Madrid, el Director General de Bellas Artes, el ministro del Japón, Directores de los Institutos Alemán y Británico de Cultura y gran cantidad de admiradores del artista. En el Diario ABC, del 6 de marzo de 1943 se le hizo una entrevista a Mariano Benlliure con motivo de la realización de ésta figura y en ella se comenta lo siguiente: ...«la he hecho en madera de ciprés porque a Cristo yo le veo preferentemente en la Cruz y la Cruz es un leño, un tronco. Me parece que ésto santifica esta materia y en ella he querido trabajar. En esta talla he puesto tanto entu-

siasmo que creo haberme contagiado de su háito sobrenatural, sí, he puesto en ella todos mis sentidos»...

Su longevidad (Mariano Benlliure vivió 87 años) le permitió conocer estilos y modas cambiantes y muy diferentes pero, aunque el artista se adapte a nuevos gustos y tendencias, siempre es fiel a su modo particular de entender y practicar el Arte y el de nuestro querido compatriota fue siempre la fidelidad a la Naturaleza. Como artista fue uno de los más premiados y reconocidos en el mundo y las principales Academias y centros artísticos le nombraron miembro de Honor. De entre sus numerosos méritos es imprescindible, aparte de los reseñados de la Exposición Nacional de 1884 y la Internacional de París de 1900, conocer que le fueron concedidos el Gran Premio de Honor en la Exposición Hispano-Francesa de 1919, la Medalla de Honor en las Exposiciones Internacionales de Munich, París, Berlín y Buenos Aires entre 1896 y 1910; la de la Exposición Nacional de Roma en 1893; el Gran Premio de la Exposición Internacional del Centenario de la República Argentina en 1910 y la Medalla Especial del

Emperador Francisco José en la Internacional de Viena de 1903.

Como hombre, de Mariano Benlliure destaca su humildad, nunca se envaneció por su posición social; siempre supo mantenerse en su sitio sabiendo que dependía de la sociedad para ofrecer su trabajo y trataba a todos con respeto y sencillez, aquí radica su gran atractivo personal al que unía su simpatía y buen humor. En 1943, la revista Ráfagas, realizaba en radio Madrid, diversas entrevistas a personajes famosos, creo que él mismo puede hablarnos de cómo definir su autorretrato: ...«Mi autorretrato se define así: un trabajador. Desde niño, a los cinco años, ganaba algunas pesetillas haciendo figuritas para pastelerías, santos de cera para las monjas de la Beneficencia y figuras de toros, también trabajaba las bolas de billar haciendo en ellas rostros infantiles. Aprendí a manejar los materiales e incluso pinté, pero siempre sentí la necesidad de trabajar. Me gusta hacer el bien, ayudar al que lo necesita, soy aficionado a los toros de toda la vida, amante de la naturaleza y de la buena amistad».



Benlliure „contemplando su obra